



## PRÓLOGO, Y NOTAS SOBRE LAS FUERZAS NAVALES ESPAÑOLAS

**Jesús Pérez-Magallón**  
McGill University, Canadá

Recibido: 23/05/2018

Aceptado: 25/05/2018

### RESUMEN

Este prólogo consta de dos partes: una que analiza, como un caso ejemplar del modo en que se ha analizado el momento transitorio entre la dinastía de los Austrias y la de los Borbones. Ese caso se concentra en las percepciones de la marina española en el último cuarto del siglo XVII y el primero del XVIII. La otra parte presenta los textos que componen el dossier, en su diversidad y su funcionalidad.

**PALABRAS CLAVE:** Carlos II; Felipe V; Marina española; historiografía; siglo XIX.

### PROLOGUE, AND NOTES ON THE SPANISH NAVAL FORCES

### ABSTRACT

This paper consists of two different parts: The first part analyzes, as a study case, a number of approaches to the study of the Spanish Royal Navy between the Hapsburgs and the Bourbons, i.e. between the last quarter of the 17th century and the first quarter of the 18th century. The second part presents all the papers that make up this dossier, its diversity and its functionality.

**KEY WORDS:** Charles II of Spain; Philip V; Spanish navy; historiography; 19th century.

---

**Jesús Pérez Magallón** es catedrático de Estudios Hispánicos en la Universidad McGill desde 1999. Su área de investigación se sitúa en los orígenes de la modernidad, la transición del Barroco a la Ilustración y los estudios culturales españoles. Sus publicaciones incluyen *En torno a las ideas literarias de Mayans* (Alicante: Instituto Juan Gil-Albert, 1992), *El teatro neoclásico* (Madrid: Ediciones del Laberinto, 2001), *Construyendo la modernidad. La cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones

Científicas, 2002), *Calderón. Icono cultural e identitario del conservadurismo político* (Madrid: Cátedra, 2010), y *Cervantes, monument de la nación: problemas de identidad y cultura* (Madrid: Cátedra, 2015). Sus ediciones y coediciones se han centrado en Pedro Calderón de la Barca, Francisco Gutiérrez de los Ríos, Conde de Fernán-Núñez, Leandro Fernández de Moratín, Tomás de Iriarte y Nicolás Fernández de Moratín. Su edición de *Los Moratines*, las obras completas de Nicolás y Leandro Fernández de Moratín se publicó en 2008. El Dr Pérez-Magallón fue uno de los miembros dirigentes del proyecto financiado por SSHRC sobre “The Hispanic Baroque: Complexity in the First Atlantic System” (2007-2014). Esa investigación produjo el libro coeditado con Harald E. Braun *The Transatlantic Hispanic Baroque. Complex Identities in the Atlantic World* (Farnham: Ashgate, 2014). [jesus.perez@mcgill.ca](mailto:jesus.perez@mcgill.ca)

---

## PRÓLOGO, Y NOTAS SOBRE LAS FUERZAS NAVALES ESPAÑOLAS

No hace mucho tiempo que *Magallánica*, en su volumen 2, número 3, de 2015, albergó un dossier dedicado al tiempo entre Carlos II y Felipe V, bajo el título de “Un cuerpo no tan muerto. Revisitando el escenario ibérico, 1680-1740” a cargo de Pablo Fernández Albaladejo. En él se encontró una clara puesta al día sobre los estudios de entresiglos con aportaciones significadas del propio Fernández Albaladejo, Eva Botella Ordinas, José María Iñurritegui Rodríguez, Fidel José Tavárez Simó, Marilia de Azambuja Ribeiro y Saúl Martínez Bermejo. Un poco más tarde, en una larga reseña publicada en la misma revista, José Manuel de Bernardo Ares llevó a cabo una reconsideración detenida e inteligente de los estudios sobre la guerra de Sucesión y los años siguientes. Por otra parte, al calor de haber incluido el reinado de Carlos II en el temario para las oposiciones de “agrégation” en Francia, tuvo lugar en diciembre de 2017 un encuentro internacional en la École Normale Supérieure de Lyon, y bajo el título “Le regne de Charles II: une modernité paradoxale” Marina Mestre Zaragozá pudo reunir a especialistas tales como Antonio Álvarez-Ossorio, Luis Ribot García, Manuel Herrero Sánchez, Carmen Sanz Ayán, Jean-Pierre Dedieu, Nadine Béliand, Heloïse Hermant, Michel Bertrand y Harald Braun, además de quien esto firma. Quiere todo esto decir que el interés por lo que hasta no hace tanto tiempo fue tenida por la fase más negra de la historia de España y por los comienzos de la dinastía borbónica está viviendo un momento importante en su desarrollo. Y ello quiere también decir que se va arrojando nueva luz –y no luz lateral– sobre una de las fases más cruciales en la articulación de lo que acabará constituyendo la modernidad en el relato hegemónico de cierta mirada historiográfica e intelectual.

\*\*\*

Quisiera ahora abordar un ejemplo concreto que concierne un aspecto importante de esta época y viene a sintetizar algunos de los prejuicios y problemas que el estudio de ese momento histórico suscita, en otras palabras, la síntesis de esos tiempos turbios, tiempos de cambio. Me refiero al estado y función de la fuerza naval española durante el reinado de Carlos II y sus vínculos con el de Felipe V. Veamos en primera instancia lo que nos dice un historiador decimonónico bien acreditado como Cesáreo Fernández Duro, quien resume la situación en estos términos: “consumidos los barcos y desmoralizados sus hombres, formarán el conjunto más lastimoso que haya tenido el nombre de Marina.” (FERNÁNDEZ DURO, 1898; *Apud.* Cervera Pery 1986: 31) Si, retomando las palabras de Machado, describimos esa visión podemos decir que está “confusa la historia y clara la pena”. Porque se exalta el estado depresivo y deprimente del historiador, pero no proporciona los datos que confirman su desánimo. Tomemos otro ejemplo del mismo autor. Relatando el viaje de Mariana de Neoburgo, la segunda esposa de Carlos II, en 1689, escribe:

“La situación de España distaba mucho de la que tenía al poner a disposición de las Margaritas de Austria armadas que pudieran hacer frente a las de Inglaterra, Francia y Bretaña en los caminos del Océano, o a las galeras que juntaran los enemigos en el Mediterráneo. Al presente se ocupaban los bajeles de esta especie, que eran escasos y mal acondicionados, en conducir tropas a Barcelona, y los de alto bordo en asegurar las flotas de Indias, servicio de principal importancia, para el que eran pocos”. (FERNÁNDEZ DURO, 1898: V, 243-244)

En consecuencia, se pidió ayuda a las potencias aliadas -Inglaterra y Holanda- “en razón de tener Francia por entonces en las inmediaciones del canal de la Mancha 62 navíos de guerra y 30 de fuego.” (FERNÁNDEZ DURO, 1898: V, 244) De nuevo podríamos detenernos en el registro de estas noticias, pero yo solo quiero enfatizar una cosa: frente a la imprecisión de los **no recursos** de la Monarquía hispánica nótese la precisión con que habla de la marina francesa. De los barcos españoles no sabemos nada, excepto una impresión: eran pocos y en malas condiciones; los que había -tampoco sabemos cuántos ni cuáles- se dedicaban a otras cosas. De Francia: 62 navíos de guerra y 30 de fuego, o sea, 90 barcos. De lo que se trata, parece, es de demostrar la insignificancia naval de la Monarquía hispánica frente a la potencia *numéricamente demostrable* de la armada francesa (en este caso). Y el problema metodológico es que así es a lo largo de todo el tomo que se dedica a Carlos II. Los elogios al conde

d’Estrées incluso cuando en una batalla naval decide retirarse sorprenden al lector. Pero afirmaciones generales como la que cito ahora abundan: “Del lamentable estado a que llegaba la marina española ofrece otro dato la composición de una escuadra improvisada para conducir tropas [...] Era de ocho bajeles de guerra de las armadas del Océano y Flandes; dos de fuego, un patache, un buque hospital, un pingüe, una saetia y una tartana” (FERNÁNDEZ DURO, 1898: V, 255), no obstante que el almirante Pedro Corbete “logró con esta rara mezcla de embarcaciones cumplir su comisión.” (FERNÁNDEZ DURO, 1898: V, 255)

Siguiendo lo que nos atrevemos a calificar del enfoque afectivo y dolorido de Fernández Duro, el duque de Maura nos presenta algunas situaciones específicas, con la misma imprecisión que su antecesor, para enfatizar los dos aspectos que realmente le importan: la carga afectiva –la vergüenza que se siente, la humillación que se recibe, el dolor por el trato ofensivo– y la incapacidad de la clase responsable, la aristocracia, para hacer frente a las situaciones en que los enemigos (que a veces son aliados) colocan a las escuadras de la Monarquía.

El problema que plantea la historia de Fernández Duro sigue en los mismos términos en una obra del siglo XX, *La Marina de la Ilustración*, de José Ramón Cervera Pery, donde la imprecisión en lo que se refiere a la marina heredada de Carlos II es absoluta. Así, durante la guerra de Sucesión, los almirantes ingleses Rooke y Butler, duque de Ormond, y el holandés Allemond aparecen ante Cádiz en 1702 con “una importante armada.” (CERVERA PERY, 1986: 47) Frente a ellos, casi el vacío: “La incapacidad bélica y el escaso potencial naval -solo se encontraban las galeras (**no sabemos cuántas**) al mando del conde de Fernán Núñez- y la falta de provisiones de todo tipo auguraban los mayores éxitos a la operación [anglo-holandesa, desde luego].” (CERVERA PERY, 1986: 47) Como en 1702 no se puede pensar en galeras construidas por iniciativa de Felipe V, estamos hablando de las que continuaban sirviendo como lo habían hecho bajo Carlos II. Pues bien, a pesar de las desastrosas expectativas, “las galeras de Fernán-Núñez desde el mar impidieron la consumación del avance.” (CERVERA PERY, 1986: 47) A pesar de esa “incapacidad bélica y naval”, el mismo conde volvió a defender airoosamente Cádiz en 1705, esta vez contra una escuadra anglo-holandesa al mando del conde de Peterborough. ¿Qué quiere decir todo eso? ¿Que sin barcos se podía detener a una escuadra anglo-holandesa? ¿O que los barcos españoles

estaban ahí y nadie sabe cuántos eran, ni cuantos cañones tenían ni cuantos marinos iban embarcados? Frente a la opacidad e imprecisión de Fernández Duro al hablar de la armada bajo Carlos II, en su exaltación de José Patiño y su labor en la construcción de la Marina sobresale precisamente lo contrario, la precisión: “Breve fue el espacio que necesitó para crear un conjunto de 31 navíos de línea, 15 fragatas y el proporcionado número de bajeles de menor porte [...] y esto hacía sentir nuestra influencia en Europa y América, tras de la postración de los principios de siglo.” (FERNÁNDEZ DURO, 1898: VI, 14, 216)

El mismo Cervera Pery cita la *Historia de España* de Aldama para presentar una visión general de la armada a comienzos del siglo XVIII: “en 1700 la Marina era corta y estaba desatendida, pero en 1703 se veía milagrosamente aumentada.” (CERVERA PERY, 1986: 42) Por su parte Pérez Mallaína afirma que “en 1702 apenas había barcos de guerra que pudiesen enarbolar el pabellón español. Sin embargo, después de finalizar la contienda, España pudo organizar sendas expediciones navales a Cerdeña y Sicilia, lo que hubiera parecido imposible unos años antes. El milagro había empezado a producirse.” (*apud* CERVERA PERY, 1986: 42) Subrayo muy intencionalmente la palabra milagro porque al parecer es de eso de lo que se trata. Una historia que se muestra en el portal del Museo Naval y del Ministerio de Marina de España concluye: “cuando al fin se firma la Paz de Ryswick, los buques con los que cuenta España son algunos bajeles armados para el tráfico de Indias, unos pocos galeones, seis galeras en Cartagena y siete en Génova. Este será el triste panorama de un fin de siglo, fin de dinastía y, por supuesto, fin de la Marina”.

Si vamos al apartado que Kamen aportó al volumen XXVIII de la *Historia de España*, de Menéndez Pidal, dirigido por Pere Molas Ribalta, titulado “España en la Europa de Luis XIV”, y especialmente en el capítulo III sobre “El potencial bélico español”, empieza ahí diciendo: “Uno de los inexplicables aspectos de la historia de España en este periodo es que no conocemos casi nada sobre sus fuerzas armadas, y mucho menos aún sobre sus recursos navales.” (KAMEN, 1993: 257) Sostiene “que no hay razón para acusar a los españoles de incompetencia militar” (KAMEN, 1993: 260), matizando con tino las características del poder militar y naval español desde el siglo anterior. Descartar la incompetencia no evita hablar de *impotencia*, sobre todo ante el desarrollo armamentista y militar de Francia tras la reforma de Louvois. Y, tras citar

unas palabras de Vicente Bacallar y Sanna, marqués de San Felipe, concluye: “No es necesario decir que las dramáticas exageraciones de San Felipe son totalmente falsas y que no tenían ninguna base real.” (KAMEN, 1993: 257) Ante esa falta, no de información, sino de labor de investigación y establecimiento de un relato revisado de la realidad militar y naval de la época de que hablamos, muchos historiógrafos prefieren repetir las frases sin contenido, las falsedades evidentes, antes que “examinar, dice Kamen, la clara evidencia que se desprende de los archivos.” (KAMEN, 1993: 257) Pues en ningún momento “estuvo la España peninsular en una posición tan desesperada como la que insinúan los comentaristas.” (KAMEN, 1993: 257)

El verdadero problema, como punto de partida de una actitud revisionista, lo expone Kamen con enorme claridad: “No existen datos satisfactorios sobre las fuerzas navales de España.” (KAMEN, 1993: 261) Pero como tanto el enviado veneciano Foscarini en 1688 como el embajador Venier dan la cifra de 26 velas, de las cuales algunas pertenecían a aliados italianos de España, y la situación no cambia mucho en 1702, cuando la corona dispone de 28 bajeles, Kamen debe encontrar una explicación a esas cifras. He aquí la que ofrece: “España nunca había sido una gran potencia naval, y dependió siempre, lo mismo en el siglo XVI que en el XVII de la cooperación de otras naciones.” (KAMEN, 1993: 261) El primer siglo fue sobre todo de italianos y portugueses; más tarde, a partir de 1660, fueron sobre todo ingleses y holandeses, oscilando en función de las diferentes coaliciones y alianzas. “Después de 1700 fueron los franceses los que se prestaron a proteger a los barcos españoles.” (KAMEN, 1993: 262) En realidad, la Monarquía pagó a otros países o a filibusteros o negociantes privados para disponer de la protección y apoyo que necesitaban.

No obstante, Christopher Storrs, que ha consultado esos archivos que otros estudiosos tal vez miraron pero no acreditaron en sus resultados, concluye que “we should not exaggerate Spain’s weakness at sea” (STORRS, 2006: 103). No solo eso, los ministros tanto como los intelectuales de la época reconocieron la necesidad de reforzar la marina española, aunque esos deseos no siempre se convirtieron en realidades. Pero, a pesar de todo,

“Spain remained a significant naval power. In the Mediterranean Carlos II was Louis XIV’s only real competitor as a galley power, and for most of the reign Spain remained the strongest European naval power in the Caribbean. Above all, Spain’s fleets maintained the empire, fighting off challenges, contributing to the recovery of territories

temporarily lost, and carrying men, money and munitions to where they were needed.” (STORRS, 2006: 104)

Y su conclusión respecto a la fuerza naval española es todavía más sorprendente: “Indeed, it is arguable that, over the reign as a whole, Carlos II was more successful at sea than was Louis XXIV, and that Spain’s naval resources were used more effectively than were those of its chief opponent.” (STORRS, 2006: 104)

Lo cierto es que Storrs ofrece una lista de navíos españoles de 1692-93 en Italia, con sus nombres, su tonelaje, el número de cañones y de hombres. La lista incluye 21 navíos entre galeones, fragatas y otros tipos de barcos. Curiosamente, no incluye ninguna galera. Asimismo, en un sitio web «militar.org.ua» había abierto un debate sobre «La armada española durante los siglos XV-XIX», pero se concentró durante un tiempo en la segunda mitad del XVII. Uno de los participantes -miembros de la Marina española- escribió:

“En contra del tópico, la Monarquía hispánica mantuvo una importante armada hasta la muerte de Carlos II. En 1685, la Armada del Océano sumaba 23 navíos de guerra y 5 de fuego, la de Flandes, 4 galeones, 9 fragatas y 2 pataches. En el Mediterráneo había unas 30 galeras; cifra no igualada por ninguna otra armada mediterránea excepto la francesa (en 1685 Génova tenía 5 galeras y el Gran Ducado de Toscana, 10 años más tarde, apenas 4). La Armada de Barlovento, en 1680, era mayor que las escuadras caribeñas de Inglaterra, Francia y las Provincias Unidas”.

Todavía más recientemente, en la aportación de Storrs al libro *La decadencia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII* (2016), sintetiza el historiador:

“hay una tradición que sostiene que España era muy débil en este terreno, desde el desastre de la Armada de 1588 hasta la de Trafalgar de 1805. No podemos ignorar la realidad del colapso del poder marítimo de España en este periodo, es decir, el descenso del número de bajeles y galeras y el problema derivado de la emergencia de las flotas más imponentes de sus rivales, sobre todo la Francia de Luis XIV. De hecho, España tuvo la fortuna de aliarse con los otros dos grandes poderes navales de la época, la república holandesa e Inglaterra.” (STORRS, 2016: 26-27)

Sin embargo, la realidad es que la flota española continuó, dice Storrs, “unificando, proveyendo y protegiendo a la Monarquía” (STORRS, 2016: 27), de modo que el desafío se sitúa en que “necesitamos saber muchísimo más sobre esta fuerza en todos sus aspectos” (STORRS, 2016: 27), es decir, falta una investigación exhaustiva sobre la armada española en el reinado de Carlos II y los comienzos del de Felipe V. Ese es el verdadero problema actual para la historiografía, porque, de lo contrario, tendríamos



que volver a las sugerencias de autores como Modesto Lafuente, Cervera Pery y Pérez Mallaína, es decir, que la supervivencia de la Monarquía Hispánica bajo Carlos II e incluso después fue un asunto trascendente, escatológicamente hablando, algo incluido en la acción de la Providencia: un milagro. Afortunadamente, la exploración científica de lo que fue -observación, razón- produce resultados. Y así Davide Maffi concluye su trabajo sobre el ejército de Carlos II afirmando que:

“De hecho, a pesar de las grandes derrotas padecidas, las fuerzas armadas hispanas jugaron un papel determinante, desconocido y muchas veces menospreciado, en la lucha por la supervivencia de España como gran potencia mundial y, sobre todo, permitieron a Carlos II dejar su herencia -casi intacta- a Felipe V.” (MAFFI, 2016: 127)

Y si esa es una conclusión reciente, ¿cuántas investigaciones minuciosas faltan todavía para poder trazar la cartografía de la fuerza militar -terrestre y naval- de finales del reinado de Carlos II y comienzos del reinado de Felipe V?

La idea del milagro se repite, enmascarada o abiertamente, pues a la labor de José Patiño como intendente general de la Marina española a partir de 1717 (CRESPO SOLANA, 1994-1995) se le atribuyen valores y acciones que trascienden la actividad de un solo hombre político para aproximarse a la del ángel en la tierra o el enviado por dios para salvar a la patria. Sin embargo el inventario de navíos de la flota de la Armada Real española a fecha de 1737 era el siguiente: 33 navíos, 7 fragatas, 2 galeones, 2 galeotas, 6 paquebotes y 4 bombardas. Y uno se siente inclinado a suponer que, más que el deseado y deseable milagro, lo que había tenido lugar era, primero, un cambio radical en las relaciones de fuerzas entre las potencias de la época y, segundo, un enfoque radicalmente nuevo en cuanto a la valoración de la propia monarquía. La labor de los publicistas e historiadores borbónicos se concentró en trazar la imagen de la decadencia en el último Austria y la recuperación en el primer Borbón. Y es forzoso reconocer que tuvieron éxito.

\*\*\*

En este dossier sobre algunos cambios entre finales del XVII y comienzos del XVIII no vamos a tratar de sustituir lo que sería una aproximación global y concreta a los problemas que dicho estudio plantea, sino que vamos a ser mucho menos ambiciosos y mucho más pragmáticos. Como saben todas aquellas personas que alguna

vez se han encargado de un proyecto así, el resultado depende tanto de quienes aceptan participar en él como de quienes no lo aceptan, o aceptan pero al final no aparecen en el lugar de la cita. No se trata ahora de poner aquí los nombres de unos u otras. Lo que sí podemos presentar y agradecer es el esfuerzo de cuatro colegas y amigas que han querido aportar su sabiduría y su perspicacia en esta empresa. En primer lugar, tenemos el ensayo de María Luz González Mezquita, de la Universidad Nacional de Mar del Plata que nos traslada y vuelve a instalar en la situación que se crea en la Monarquía hispánica entre el reinado de Carlos II y la victoria de las fuerzas que apoyan a Felipe V. Específicamente, la autora explora algunas opiniones de uno y otro bando que sin la menor duda crean un ambiente y representan con interés las diferentes aproximaciones que tuvieron una incidencia real en los debates y las campañas propagandísticas del momento. Entre los numerosos escritos que analiza la historiadora, queremos destacar dos: el *Memorial que a la ínclita generosa nación española ofrece Alonso Fernando Gutiérrez* desde Lima en 1706 y la *Memoria sobre el gobierno de las Indias españolas realizada por don Francisco de Seijas y Lobera para servir a la verdadera unión de las dos coronas de España y Francia*, de 1702-1704. Alrededor de su lectura de dichos textos, la Profesora González Mezquita aporta una nueva mirada tanto a algunos de los estereotipos y lugares comunes asociados con la España de la presunta “decadencia” como a los discursos sociales que circulan en un momento de especial significación en la historia de la Europa occidental.

Eva Velasco Moreno, colega de la Universidad Rey Juan Carlos, vuelve a visitar la problemática general de la censura explorando en esta ocasión el caso de estudio que ofrece Juan de Ferreras, historiador novator, autor de una *Sinopsis histórica-cronológica de España* que sería traducida al francés y al alemán, figura que todavía requiere y espera mayores estudios. Velasco Moreno analiza los avatares censores que sufrió el último de los tres *Desengaños* de Ferreras: el *Desengaño católico*, el *Desengaño político, la religión y la honra*, y el *Desengaño político, conveniencia y interés*. En esos textos Ferreras argumenta a favor del rey Felipe V y justifica el apoyo que se le debe. Sin embargo, el *Desengaño político, conveniencia y interés*, sometido a la censura de Luis de Salazar y Castro, amigo del historiador, fue valorado negativamente y se rechazó su publicación, lo cual motivó la redacción de un memorial por el conde de la Estrella, dirigido al rey Felipe con el objetivo de reforzar el control

ensor sobre los papeles que se proponían para ver la luz. Y ese fue el resultado formal y legal de este caso, pues se llevó a cabo un estrechamiento de los márgenes del espacio público. Como señala con perspicacia la autora, Ferreras demostró en este caso una visión mucho más avanzada que sus críticos en cuanto a la función de la publicística -es decir, de las intervenciones propagandísticas- en la modelación de la opinión pública, de particular significación en un momento de crisis social, nacional e internacional como la Guerra de Sucesión.

Ruth Hill, de Vanderbilt University, arranca de la primera descripción presentada por Lionel Wafer de los albinos en su *A New Voyage and Description of the Isthmus of America* (1699) -escrita después de una estancia del autor entre los pueblos kina en 1680-1681- para explorar y profundizar en el proceso cultural y geopolítico, que va a extenderse desde finales del XVII y a lo largo del XVIII, de construcción de la noción flexible y cambiante de raza. Su punto de arranque son los perspicaces y finos comentarios de Joseph Gumilla (1685-1750), jesuita que se instaló en la Nueva Granada, estudiando en la Universidad Javeriana y convirtiéndose en misionero en Los Llanos del Orinoco. Su obra, *El Orinoco ilustrado y defendido: historia natural, civil y geográfica* (edición revisada de 1745), presentó sólidos argumentos y pruebas a favor de la doble degeneración biológica como posible explicación de la raza y sus tonos de color. Al reivindicar el papel pionero de Gumilla, la Profesora Hill cuestiona afirmaciones no demostradas de autores como Andrew Curran o Armand-Marie Leroi, que no dudaron en confundir y otorgar otras prioridades a científicos franceses como Maupertuis o Buffon. En último término, lo que demuestra su ensayo es la “matriz galocéntrica de la historia de la ciencia en Occidente” e, implícitamente, el enmascaramiento que lleva a cabo la crítica poscolonial de las agendas imperial y colonial de la modernidad científica y la blancura.

Por último, y en un ejercicio intelectual que trasciende con mucho los límites cronológicos que podrían entenderse en este dossier, pero que los incluyen de una manera generosa, Patricia Saldarriaga, de Middlebury College, estudia y analiza con profunda agudeza la significación de la imagen del lagar o prensa mística -el *torculus Christi*- como representación alegórica de la colonialidad. Su ensayo rastrea, en primer lugar, el impacto de la imagen visual del lagar místico en el mundo imaginario de las Américas. Siguiendo a Aníbal Quijano, Walter Mignolo, Nelson Maldonado-Torres y

otros -es decir, reflexionando sobre algunas de las nociones que tales autores utilizan al referirse a la colonialidad y al sujeto colonial- llega a la noción clave de Giorgio Agamben sobre el impulso natural del *ego conquiro* que apunta y lleva inevitablemente a la deshumanización del indígena. La imagen del lagar como presión y opresión se vincula después a la producción material del vino y a la función que este desempeña en el control y subyugación de los indígenas como fuerza de trabajo gratuita. La explotación por los colonizadores del trabajo indígena y de la imagería asociada a la crucifixión y muerte de Jesucristo es de tal eficacia que sigue utilizándose incluso en nuestros días.

Los ensayos incluidos en este dossier constituyen en sí mismos aportaciones valiosas a nuestro conocimiento del momento histórico de transición entre la dinastía austríaca y la borbónica, pero también señalan actitudes hermenéuticas y políticas que pueden fecundar nuevas aproximaciones y, sobre todo, fomentar la fructificación de un interés ya presente por las paradojas del cambio de dinastía, sí, pero también por problemas de otra dimensión sin duda vinculados a la comprensión del mundo hispánico en su devenir.

## Bibliografía

- CERVERA PERY, J. R. (1986). *La Marina de la Ilustración*. Madrid. San Martín.
- CRESPO SOLANA, A. (1994-1995). “La acción de José Patiño en Cádiz y los proyectos navales de la Corona del siglo XVIII”, *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 6-7, pp. 35-50.
- FERNÁNDEZ DURO, C. (1898). *Historia de la Armada española desde la unión de Castilla y Aragón*. Tomo V Madrid. Sucesores de Rivadeneyra.
- HERRERO SÁNCHEZ, M. (2016). “El declive de la Monarquía Hispánica en el contexto internacional durante la segunda mitad del siglo XVII”. En: M<sup>a</sup> del C. SAAVEDRA (ed.). *La decadencia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Viejas imágenes y nuevas aportaciones*. Madrid. Biblioteca Nueva, pp. 39-58.
- KAMEN, H. (1981). *La España de Carlos II*. Barcelona. Crítica.
- KAMEN, H. (1993). “España en la Europa de Luis XIV”. En: J. M. JOVER ZAMORA (dir.). *Historia de España R. Menéndez Pidal*. T. XXVIII. *La Transición del siglo XVII al XVIII. Entre la decadencia y la reconstrucción*. Madrid. Espasa-Calpe.
- MAFFI, D. (2016). “El gigante olvidado: el ejército de Carlos II entre la decadencia y la conservación (1665-1700)”. En: M<sup>a</sup> del C. SAAVEDRA (ed.). *La decadencia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Viejas imágenes y nuevas aportaciones*. Madrid. Biblioteca Nueva, pp. 111-128.

MAURA Y GAMAZO, G. (1990). *Vida y reinado de Carlos II*, pról. de Pere Gimferrer. Madrid. Aguilar, 1990.

MOLAS RIBALTA, P. (1993). “Prólogo”. En: J. M. JOVER ZAMORA (dir.). *Historia de España R. Menéndez Pidal*. T. XXVIII. *La Transición del siglo XVII al XVIII. Entre la decadencia y la reconstrucción*. Madrid. Espasa-Calpe, 1993, pp. 9-57.

RIBOT GARCÍA, L. (2016). “Gabriel Maura Gamazo y la Historia de España”. En: M<sup>a</sup> del C. SAAVEDRA (ed.). *La decadencia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Viejas imágenes y nuevas aportaciones*. Madrid. Biblioteca Nueva, pp. 91-110.

RIBOT GARCÍA, L. (2010). *Los orígenes políticos del testamento de Carlos II: la gestación del cambio dinástico en España*. Madrid. Real Academia de la Historia.

STORRS, C. (2006). *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*. Oxford. Oxford University Press.

STORRS, C. (2016). “Nuevas perspectivas sobre el reinado de Carlos II (1665-1700)”. En: *La decadencia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Viejas imágenes y nuevas aportaciones*. Madrid. Biblioteca Nueva, pp. 17-38.